

MÁQUINAS DE UN GIMNASIO EN TONGOY: TENSIONES RELACIONALES ENTRE MATERIALES Y CUERPOS

GYM EQUIPMENT IN TONGOY: RELATIONAL TENSIONS BETWEEN MATERIALS AND BODIES

Benjamín Lagos

RESUMEN

El escenario de un gimnasio en Tongoy permite observar cómo la relación entre las máquinas y quienes las utilizan es compleja, diversa y profundamente relacional. El objetivo inicial del ejercicio corporal se despliega en el espacio a través de prácticas mediadas por artefactos técnicos, pero también mediante dinámicas asociadas al cuidado mutuo, la sociabilidad y la colaboración entre los participantes. En este contexto, el gimnasio se configura como una red socio-material en la que cuerpos y objetos interactúan de manera constante, produciendo sentidos que exceden la mera funcionalidad del entrenamiento. Bajo una observación acuciosa y la participan activa, esta etnografía buscó dar cuenta de estas dinámicas sociales en una Gimnasio.

Palabras Claves: Gimnasio, máquinas, cuerpo, Tongoy.

RELATO ETNOGRÁFICO

Para situarnos, el escenario de este escrito se desarrolla en Tongoy, un balneario en la región de Coquimbo, en el norte chico de Chile. Específicamente, en la calle La Serena, en medio del paisaje costero, se emplaza el gimnasio “Studio Playfit”, el cual destaca gracias a un par de carteles que anuncian su nombre.

La distribución de los espacios internos es interesante. La entrada es estrecha, lo que genera la sensación de avanzar por un túnel con leve pendiente; un vestigio de su uso anterior como disco-pub llamado “Subterráneo”. Tras ingresar, los visitantes llegan a un espacio de paredes altas mucho más de lo que se percibe desde afuera y que están empastadas amarillo y blanco. Unos metros más adelante, se ubica una escalera a la izquierda, la cual lleva a las trotadoras y otros implementos aeróbicos; bajo esta se almacenan discos, *steps* y otros implementos aeróbicos.

Volviendo al primer piso, este se organiza por zonas. A la derecha, una subdivisión, delimitada por pilares, alberga las máquinas de piernas, acompañada de un gran espejo para quienes deseen ver sus resultados. Junto al mesón de recepción, se encuentran discos pequeños de 0,5 y 2,5 kg. para facilitar la progresión en ejercicios de pesos libres.

Sin embargo, el objeto más imponente del gimnasio está sobre el mesón que es un gran parlante que reproducía música principalmente *reggaeton* durante todo el día.

La disposición de las máquinas posee un orden explícito en el espacio, que lo estructura y regula la circulación de los usuarios. Al ingresar, dos poleas dan la bienvenida al recorrido, seguidas por una máquina de espalda con poleas, conocida como “jalón al pecho”, y un mosquetón que permite intercambiar distintos agarres. Estos se organizan sobre una pared, al costado del mesón, colgados en la pared, cuyo orden de uso y mantención es reforzado por carteles y los monitores del gimnasio.

En cuanto a su funcionamiento, el gimnasio opera en dos turnos de lunes a viernes: de 8:00 a 13:00 horas y de 17:00 horas a 22:00 horas. Los sábados solo opera durante el primer turno y los domingos el gimnasio cierra. Este régimen de horario es el que organiza la afluencia de los usuarios y delimita las condiciones de interacción entre los usuarios. El vínculo basal entre el gimnasio y los usuarios es, primeramente, monetario: un servicio pagado que se materializa en la posibilidad de acceso y derecho a uso de las máquinas. Para esto, existe un sistema de pago donde se puede optar por una membresía mensual o pases diarios, que tienen un valor de \$4000 pesos chilenos.

Página 24

Sin embargo, la posibilidad de existencia de este gimnasio excede lo monetario. Las formas de vinculación entre las personas y las máquinas incluyen elementos socio-materiales, estéticos, económicos y cualidades sensibles asociadas a lo duro y lo blando. En conjunto, conforman una red de mediaciones donde humanos y no humanos participan en la coproducción del espacio, volviéndolo un lugar operativo, significativo y habitable.

Las máquinas

Las máquinas estaban allí dispuestas para ser usadas: 3 poleas multifuncionales, una prensa de pierna, un jalón al pecho, una máquina de extensión de piernas y una *hip trust* (empuje de cadera). Si bien esta cantidad de máquinas puede parecer baja, resulta eficiente para ejercitar el cuerpo de manera integral, gracias a su sistema de placas y el uso estratégico de cada usuario.

La escasez de máquinas exige un conocimiento más profundo respecto a cada una de estas, para ajustarlas y así obtener un mejor rendimiento. Esto contrasta con un gimnasio que cuente con una mayor diversidad de equipos y diseños ergonómicos, orientados al gesto corporal y a una acción más mecánica y, por tanto, menos reflexiva por parte de las personas. Por esto, estos últimos suelen recomendarse para quienes recién empiezan ya que resulta más fácil utilizarlas. En cambio, en *Playfit*, la falta de maquinaria obliga a los usuarios a explorar nuevas variaciones y usos no convencionales de las máquinas, para así ampliar las posibilidades de ejercicios.

Esta capacidad de ir más allá de su acción automática, extrayendo variaciones en los movimientos de estos equipos, se puede observar bajo los planteamientos de Simondon (2013): si bien los objetos pueden ser diseñados para cumplir funciones específicas,

estos pueden cumplir otras al ser movilizados por los usuarios según sus necesidades específicas. De esta manera, si bien el propósito hacer ejercicio se mantiene, las formas en que se ejecuta a través de las máquinas se diversifican. Así, lo inmaterial como el conocimiento y las prácticas es esencial para poder interactuar de manera más versátil con el equipamiento del recinto.

El escaso número de máquinas también implica un mayor cuidado con estas, ya que, si fallan, esto implicaría ampliar aún más las posibilidades de uso del resto del equipamiento. Asimismo, este cuidado hacia las máquinas de uso común se convierte en una actitud de respeto que se extiende a las personas que comparten este espacio. En este sentido, la correcta mantención y buen uso de la maquinaria, refleja una consideración del próximo usuario que las utilice.

Las acciones orientadas a explorar nuevas posibilidades de uso de las máquinas, sumada a la incorporación de prácticas de cuidado tanto hacia estas como al resto de los miembros del gimnasio, contribuyen a que el gimnasio se convierta en un lugar; esto es, un entorno donde convergen relaciones únicas y diversas entre lo humano y no-humano y que puede entenderse como una unidad coherente (Augé, 2000).

Así, del espacio físico emerge un entramado de elementos que excede la materialidad al constituir una relación dinámica entre persona y herramienta. Esta relación puede comprenderse a través de lógicas “*cyborg*” (Haraway, 1985), en la medida que se da una forma compartida entre humano y no humano de habitar ese lugar, que permite su funcionamiento. Aquí, el usuario puede comprenderse como el engranaje principal para que esa maquinaria funcione o lo que se ha definido desde la antropología como una extensión activa de estas (Mauss, 1934; Simondon, 2013).

Observando movimientos

Eran aproximadamente las 11:00 horas, el primer turno de la mañana. Había cerca de 8 personas (incluyéndome), algunos utilizaban las poleas, mientras otros ocupaban la zona de piernas o realizaban ejercicios con pesos libres. Los *chillidos* de las poleas y el choque de fierro contra fierro se escuchaban continuamente a pesar de la música, dando cuenta del uso intensivo de las máquinas.

Me senté en una rueda de camión ubicada al costado del mesón a esperar que el banco de pecho se desocupara. Mientras esperaba, observé cómo la gente se ejercitaba. Me detuve específicamente en un usuario que utilizaba el jalón de pecho, el gesto comenzó con un “agarre prono” o las palmas hacia la máquina.

Inició la fase concéntrica generando una tensión en el cable que conecta la barra a las placas de peso: los codos se apegaron al torso y descendieron mientras la barra se acercaba al pecho. Luego siguió la fase excéntrica: los codos se elevaron lentamente, desplegándose del cuerpo lentamente y controlando la subida. Repitió estos movimientos a un ritmo constante, hasta completar la serie prevista. Este tipo de

ejercicio compromete principalmente los dorsales, esas paredes traseras (Figura 1) que dan amplitud a la espalda, dándole forma de triángulo invertido.



Figura 1: Activación dorsal, jalón al pecho. Gimnasio Studio Playfit Tongoy. Fuente: Elaboración propia.

Los brazos funcionaban como anclaje a la máquina: las manos generaban la conexión, como un gancho (Figura 2), entre el usuario y la máquina; los bíceps se contraían al bajar el peso y se estiraban a medida que las placas bajaban, liberando la tensión. Era un movimiento sincronizado que, a medida que avanzaban las repeticiones, tiende a perder su precisión y uniformidad.

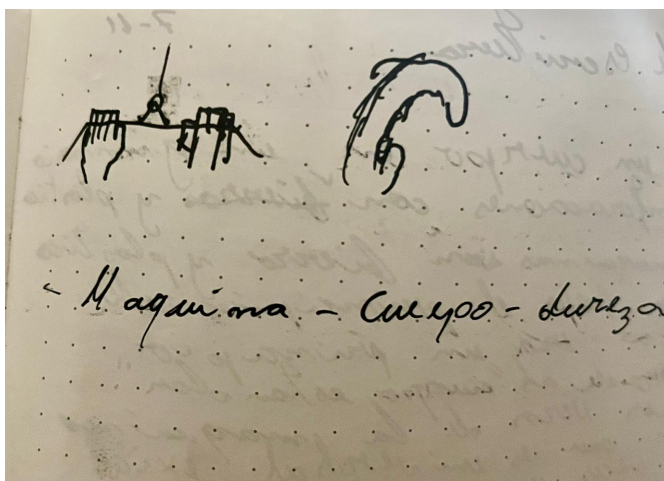


Figura 2: La mano de la persona forma un gancho sobre el jalón al pecho. Fuente: Elaboración propia.

Dirigí mi mirada a otra polea, donde un usuario realizaba un *Bayesian Curl*, el cual consiste en un movimiento unilateral de bíceps con el codo posicionado detrás del plano del cuerpo. Esto genera una mayor activación de la cabeza larga del bíceps (Figura 3) y permite un aislamiento más efectivo del músculo, lo que mejora la ejecución del ejercicio y, en consecuencia, un mayor desarrollo muscular en esa zona.

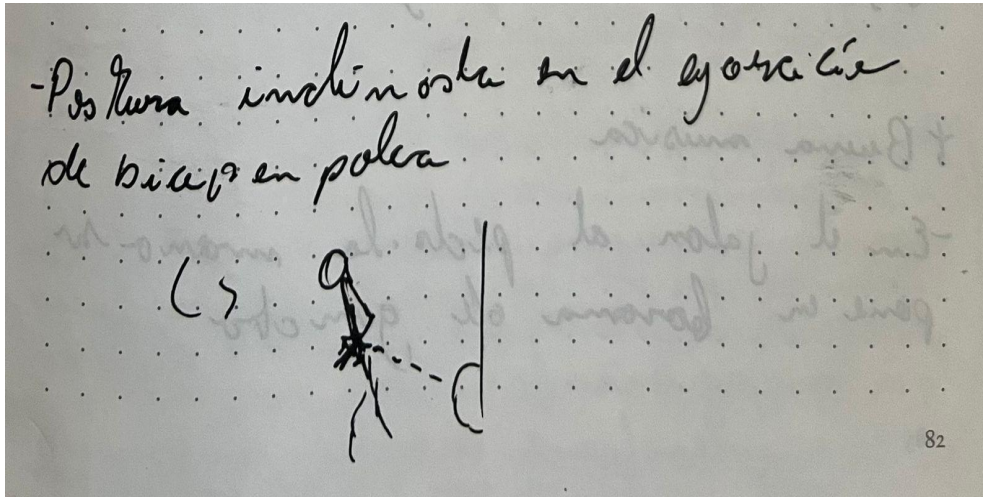


Figura 3: *Bayesian curl* unilateral en polea. Fuente: Elaboración propia.

Un elemento que llamó mi atención de este usuario y cómo ejecutaba este ejercicio, fue un step aeróbico que colocó bajo sus pies para aumentar su altura general y, por consecuencia, la de sus brazos. En su versión más estándar, este ejercicio puede imaginarse como un triángulo rectángulo: el talón genera el ángulo de 90° , mientras el codo y el punto de tracción conformarían los catetos (*A* y *B*, respectivamente). La línea que los une sería la hipotenusa (*C*). Sin embargo, al incorporar el step al ejercicio, esta geometría se alteró: el triángulo rectángulo se reorientó, quedando el cateto *A* como base desde el step hasta la línea de la polea; mientras, el cateto *B* se extendió desde el inicio del step hasta el codo y la hipotenusa continuó yendo de codo a polea. Esta variación alteró las posibilidades de movimiento del cuerpo: el brazo ya no podía extenderse hacia atrás en la fase excéntrica, lo que redujo el recorrido de la cabeza larga del bíceps y, en consecuencia, desplazó parte del esfuerzo hacia el braquial, músculo ubicado entre el tríceps y bíceps que contribuye al grosor al brazo cuando se observa de frente.

No pude comprender con claridad si esta persona buscaba trabajar el braquial o si se trataba de un efecto no intencionado. Sin embargo, era evidente que esta adaptación del cuerpo afectó la activación muscular; pequeñas variaciones técnicas de los ejercicios tuvieron grandes implicancias en los músculos que se trabajan. En definitiva, la manera en que nos situamos frente a las máquinas transforma la sensación muscular que esta nos provoca.

Tensiones: máquina y cuerpo

La tecnología suele funcionar como un suplemento a nuestras desventajas biológicas. Frente a la fuerza evolutiva que han adquirido los animales, los humanos han desarrollado herramientas que buscan contrarrestar esta carencia de habilidades físicas. Sin embargo, estas herramientas no responden a necesidades vitales ni fisiológicas, sino a un ámbito ligado a la competencia social. En este sentido, las máquinas del gimnasio son un punto clave, desde una visión topográfica, que reordenan un plano donde las personas pueden posicionarse de mejor manera respecto a otros (Simondon, 2013).

Los motivos que impulsaban a cada persona a ejercitarse con las máquinas eran probablemente amplios y diversos. A pesar de estas posibles diferencias, todas estas provocaban un reordenamiento del espacio en cuanto a sus elementos técnicos y el modo en que son utilizados. Esto envolvía a los objetos técnicos en una red donde adquieren sentido (Simondon, 2013). Nuevamente, lo inmaterial (motivaciones, objetivos y propósitos) se materializaba en el espacio a través de un reordenamiento, tanto de los horarios, como de las rutinas alimenticias o, incluso, cómo comprendemos nuestro cuerpo. Es así como máquinas, personas y conocimiento se “enrolaban” en un sistema. Latour (1999) define esto como un entrecruzamiento, es decir, un intercambio de propiedades entre humanos y no humanos que genera un enrolamiento: una inducción a un colectivo que se moviliza y produce recursos nuevos e inesperados.

El cuerpo, situado en este espacio, se vuelve un *nudo*, en el sentido de Tim Ingold (2015), líneas de movimiento que se cruzan, tensan y entrelazan. En la conformación de este colectivo-gimnasio, el propósito que persigue cada usuario atraviesa la máquina, la cual en esto también atraviesa el cuerpo. Es la interacción con la materia lo que va anudando los usuarios a una red de máquinas y otros objetos dentro de este espacio al que se han enrolado.

Este entrelazamiento colectivo pude experimentarlo personalmente cuando ejecuté el jalón al pecho. Para esto, ajusté la cantidad de placas según lo que consideré adecuado para mi peso y textura. Comencé con una serie de aproximación (fase concéntrica) y, a los pocos segundos, sentí la activación de mis braquiales, que se tensaban bajo mi piel, alzándose como si quisieran salir. Mientras bajaba los codos hacia mis costillas, sentí cómo las fibras musculares de mis dorsales contraerse, para posteriormente volver a estirarse en la fase excéntrica. Estas sensaciones en las partes de mi cuerpo que no estaban en contacto directo con la máquina demostraban la relación entre ambos y la *tensión* que se produce en su interacción directa e indirecta: tendón contra metal, un enfrentamiento entre lo duro de la máquina y lo blando de nuestro cuerpo. Pero ¿quién resistirá más?

Es en este proceso donde podemos evidenciar la diferencia entre la máquina y el cuerpo humano. A medida que los usuarios completaban las repeticiones, sus caras se tensionaban junto con los músculos, mientras que la máquina seguía moviéndose a un ritmo constante, ajeno al temblor y la fatiga del humano. Los usuarios, a diferencia de

las máquinas, eran propensos a sufrir lesiones durante los ejercicios, por lo que debían adoptar prácticas de cuidado o mantención para cuidar sus articulaciones y músculos, mediante ejercicios de calentamiento, elongación y el ajuste adecuado de las placas.

Al finalizar las repeticiones, la máquina demostraba ser más dura que el humano que intenta igualar esta firmeza. La interacción entre los dos exponía así un encuentro perpetuo entre lo duro y lo blando: la máquina rígida, obligaba al cuerpo esencialmente blando, hecho de carne, sangre y grasa corporal, a tensionarse, adaptarse y aproximarse, pero sin igualarse, a su dureza mecánica.

Sin embargo, y a pesar de su composición metálica, las máquinas también presentan debilidades. El paso del tiempo y uso constante por parte de los usuarios vuelven necesarias las mantenciones periódicas; sus piezas deben ser ajustadas, engrasadas y limpiadas de manera regular. Si no se realizan, sufrirán daños que soltarán sus partes. El cuidado que requieren las máquinas evidencia que su dureza no es absoluta; al igual que el cuerpo, es vulnerable ante el paso del tiempo y el uso que le imprimen los cuerpos blandos.

Página 29

De este modo, durante la ejecución de los ejercicios, máquina y cuerpo compartían una tensión. La diferencia radicaba en que la repetición iba endureciendo el cuerpo humano y desgastando la máquina. Para equilibrar esta relación, los equipos cuentan con un sistema de placas que le permite al usuario adaptar el peso a sus capacidades físicas, el cual debe ser ajustado apropiadamente de manera previa. El mecanismo de funcionamiento es sencillo: a medida que más placas se van sumando, aumenta también la tensión entre la máquina y el humano. Un desequilibrio abrupto entre el nivel de exigencia del sistema de placas y la capacidad de fuerza efectiva del usuario, podría significar para la máquina una rotura en uno de sus cables, producto de mal agarre del usuario, y en este último un posible desgarro muscular.

Mi participación en el gimnasio fue principalmente mediante ejercicios con una polea. Mientras la hacía funcionar, veía su cable tenso y las placas subiendo y bajando. Asimismo, y a pesar de no poder observarlo directamente, sentía y observaba mi cuerpo: sabía que mi dorsal estaba activo, a pesar de que no veía su funcionamiento completo. En ese momento, sentí una opacidad en mis movimientos: una incapacidad de percibir los procesos internos en mi cuerpo, percibiendo únicamente los resultados externos de un ejercicio (Simondon, 2013, 2017). Así, los movimientos que realizaba de manera mecánica, y cada fallo -una técnica imprecisa o un gesto mal ejecutado-, devolvía lo blando a mi cuerpo; ese error revelaba de manera fugaz aquello que la opacidad de la máquina mantenía invisible.

En este sentido, las máquinas del gimnasio se volvieron una extensión o prolongación material de mi cuerpo, mientras mi cuerpo se volvió una extensión sensible de la máquina (Esposito, 2016). Es en esta relación tensa con este punto clave que se genera un nudo (Ingold, 2015) con las fibras musculares que fluyen en ambas direcciones.

La tensión, finalmente, funciona como un conector material entre el propósito que persigue cada usuario y la máquina, en tanto se genera solo si un humano la provoca. Esta tensión también es aquello que permite el aprendizaje, ya que es por medio de estos micro rasgados en las fibras musculares que, paradójicamente, se fortalece el músculo. Es una activación sensible, es lo rígido fluyendo para demostrarnos lo blandos que somos. En el gimnasio, existía una red de *personal trainers*, monitores del gimnasio y usuarios más experimentados que apoyan a otros en el fortalecimiento de esta tensión.

Última repetición

Los usuarios del gimnasio se veían enrolados en un espacio de fierros y pesos. A medida que hacían las repeticiones, se iban atravesando a sí mismos mediante las experiencias y relaciones que establecían con las máquinas. Esta relación no se limitaba a la tecnicidad de un ejercicio, en tanto el mover pesos no solo activa fibras musculares, sino que también toca fibras sensibles, como el dolor, el cansancio o una inesperada satisfacción. La máquina no solo tensiona al individuo, también genera un espacio o conjunto técnico (Simondon, 2013, 2017) que sostiene el entrelazamiento entre los usuarios y lo simbólico de un gimnasio.

La función de las máquinas dentro de esta relación es la de asistir al usuario. Así lo señalaron los *personal trainers* del gimnasio Smartfit (ubicado en Santiago) y el monitor de *Studio Playfit*: las máquinas son la opción más recomendada para los usuarios sin conocimientos sobre cómo ejercitarse. Su aislamiento y su objetividad por grupo muscular ofrece una primera educación sobre cómo trabajar la tensión en el cuerpo. Cada cuerpo tiene capacidad y necesidades particulares, lo que genera una experiencia única con cada usuario; la tensión que produce es propia de esa relación singular entre cuerpo y máquina. A través del tiempo, la máquina se va cargando de afecto en el sentido de Jean Bazin (2008) el cual se refleja en cada huella, roce y desgaste y que va individualizándola.

Esto pude observar directamente en Tongoy y las máquinas del gimnasio. Las escasas máquinas presentaban diversas marcas de desgaste, producto del roce constante con los cuerpos. La marca más común eran las grietas en la superficie de los sillines, producto de la erosión generada por la fricción de los cuerpos que se habían sentado encima. En los gimnasios de cadena también pude observar desgastes en los asientos, pero estos también presentaban reparaciones. A pesar de este intento por cubrir los deterioros, las máquinas nunca vuelven a su espacio original: siguen presentando vestigios de las experiencias de las personas y de su relación con las máquinas.

El deterioro estético de las máquinas también da cuenta de aspectos vinculados a la dimensión económica de este gimnasio en Tongoy. El personal no repara elementos de la máquina que no representen un deterioro estructural que comprometa su funcionamiento técnico. Solo en dicho caso, la máquina es retirada y reemplazada por otra. Cuando llega ese momento, podemos decir que la máquina experimenta una muerte, en tanto los funcionarios deciden que esta no puede seguir asistiendo a los

usuarios y, por tanto, debe ser botada o guardada en bodegas hasta ser rematadas a gimnasios más pequeños que puedan darle aún una vida útil.

En este sentido, el ciclo de vida de cada máquina depende de cada establecimiento. Los criterios incluyen aspectos económicos, pero también pueden incorporar otros estéticos. Por ejemplo, en Smartfit las máquinas deben cumplir con ciertas exigencias que exceden su funcionalidad. En relación con lo estético, pude observar que la mayoría de las máquinas son de la misma marca (Matrix) y poseen piezas con colores de la empresa (amarillo y negro). Así, podemos decir que esta decisión refleja no solo una preferencia estética, sino también económica y publicitaria, que en su conjunto permite la construcción de la identidad de la marca.

Me gustaría retomar una frase de los *personal trainers* de Smartfit: “al gimnasio lo hace la gente, no las máquinas”. Esta idea me siguió acompañando tras terminar con mi terreno. Si bien las máquinas organizan y estructuran el espacio, son las personas -entrenadores, monitores, trabajadores del aseo y usuarios- quienes lo activan y dotan de sentido. A través de su presencia y prácticas el gimnasio se configura en un lugar, es decir, un espacio significado por los usuarios donde el uso de las máquinas genera encuentros, de los que surgen historias, anécdotas, amistades y discusiones el propio equipamiento.

Página 31

CONCLUSIONES

El gimnasio puede ser entendido como un espacio socio-material en el que las prácticas corporales desbordan su finalidad instrumental asociada al ejercicio físico para constituirse en experiencias relacionales complejas. Lejos de operar únicamente como un escenario de entrenamiento individual, el gimnasio configura un entramado de interacciones en el que cuerpos humanos y objetos técnicos máquinas, pesas, superficies, dispositivos de medición se articulan de manera constante, produciendo vínculos, familiaridades y formas situadas de convivencia. La repetición cotidiana de rutinas y encuentros genera un conocimiento práctico compartido, donde los usuarios aprenden a leer los gestos del otro, a anticipar movimientos y a negociar el uso del espacio y de los artefactos disponibles.

En este entramado, la tensión física que emerge del contacto entre cuerpos blandos y máquinas duras no puede ser reducida a un esfuerzo biomecánico. Por el contrario, esta fricción opera como una mediación fundamental que organiza la experiencia corporal y social del gimnasio. A través de ella se establecen ritmos, pausas y sincronías que permiten la co-presencia y la interacción entre distintos cuerpos. Ajustar pesos, alternar turnos, compartir una máquina o corregir una postura son prácticas que, aunque aparentemente menores, revelan una ética cotidiana del cuidado y la colaboración, en la que el bienestar propio se encuentra intrínsecamente ligado al de los demás.

Asimismo, el gimnasio funciona como un espacio de observación mutua y aprendizaje corporal. Los cuerpos no solo se activan, sino que también se miran, se comparan y se

reconocen en su diversidad de capacidades, edades y trayectorias. Esta dimensión relacional produce formas de sociabilidad que no siempre se expresan verbalmente, pero que se sostienen en gestos, miradas y movimientos compartidos. En este sentido, el cuerpo entrenado no es un cuerpo aislado, sino un cuerpo situado en una red de relaciones materiales y afectivas que moldean sus posibilidades de acción.

El tránsito constante entre reposo y activación, entre tensión y distensión, hace visible un flujo continuo de cualidades que circulan entre lo humano y lo no humano. Las máquinas, lejos de ser objetos pasivos, participan activamente en la configuración de estas prácticas, orientando movimientos, limitando acciones y, al mismo tiempo, habilitando nuevas formas de relación corporal. Así, el gimnasio se revela como un espacio donde la materialidad no solo sostiene la acción humana, sino que la co-produce.

En suma, analizar el gimnasio en Tongoy desde una perspectiva socio-material permite comprender cómo, en la vida cotidiana, los vínculos entre personas y objetos configuran modos específicos de habitar el cuerpo, el espacio y la colectividad. Más que un lugar destinado exclusivamente al rendimiento físico, el gimnasio aparece como un escenario donde se producen relaciones, se negocian convivencias y se construyen sentidos compartidos a través del movimiento, la tensión y el contacto constante entre cuerpos y cosas.

BIBLIOGRAFÍA

Augé, M. (2000). No lugares: Los espacios Del Anonimato: Una Antropología de La Sobremodernidad. Gedisa.

Bazin, J. (2008). Des clous dans la Joconde. L'anthropologie autrement. Toulouse: Anacharsis. 599pp. ISBN: 978 2 914 777 421.

Esposito, R. (2016). Introducción. En Las personas y las cosas (pp.7-20). Editorial Katz.

Haraway, D. (1985). A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century. University of Minnesota Press.

Ingold, T. (2015). The life of lines. Routledge.

Latour, B. (1999). Pandora's hope: Essays on the reality of science studies. Harvard University Press.

Simondon, G. (2013). El modo de existencia de los objetos técnicos. Prometeo libros.

Simondon, G. (2017). Sobre la técnica. Editorial Cactus.